

LOS NAZIS Y LA «SOLUCIÓN FINAL»
LAURENCE REES

AUSCHWITZ



CRÍTICA

LAURENCE REES

AUSCHWITZ

Los nazis y la «solución final»

Traducción castellana de
David León y Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2005
Primera edición en rústica: octubre de 2013
Primera edición en esta nueva presentación: febrero de 2023

Auschwitz. Los nazis y la «solución final»
Laurence Rees

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Auschwitz. The Nazis and the Final Solution*

© Laurence Rees, 2005

© de la traducción, David León y Luis Noriega, 2005

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-494-7

Depósito legal: B. 1.253-2023

2023. Impreso y encuadernado en España



Unos comienzos sorprendentes

El 30 de abril de 1940, Rudolf Hoess logró colmar una ambiciosa aspiración: a la edad de 39 años, y después de seis de servicio en la SS, fue nombrado comandante de uno de los primeros campos de concentración constituidos por los nazis en el «Nuevo Reich». Aquel día primaveral llegó, a fin de tomar posesión del cargo, a una pequeña ciudad situada en lo que había sido el suroeste de Polonia dieciocho meses antes, antes de convertirse en parte de la Alta Silesia. Su nombre en polaco era Oświęcim, y en alemán, Auschwitz.

A pesar del ascenso, el campo de concentración que había de dirigir Hoess aún no existía. De hecho, su primer cometido consistía en supervisar su construcción a partir de una serie de barracones destartalados y plagados de insectos que habían pertenecido al Ejército polaco, agrupados en torno a un terreno destinado a la doma de caballos que se extendía en las lindes de la población. El aspecto que presentaban los alrededores apenas si podía ser más deprimente: aquella tierra situada entre los ríos Soła y Vístula era monótona y tenía un clima húmedo e insalubre.

Aquel primer día, nadie —incluido, sin duda alguna, el propio Hoess— podía haber vaticinado que, en cuestión de cinco años, aquel campo se convertiría en escenario de la mayor matanza de

que el mundo haya sido testigo. La historia de la cadena de decisiones que desembocó en esta transformación es una de las más terribles conocidas por la humanidad, y nos permite acercarnos de forma excepcional al modo como funcionaba el estado nazi.

Adolf Hitler, Heinrich Himmler, Reinhard Heydrich, Hermann Goering y otros dirigentes nazis adoptaron resoluciones que llevaron al exterminio de más de un millón de personas en Auschwitz. Sin embargo, también coadyuvó de manera fundamental al crimen la mentalidad de funcionarios de menor categoría, como Hoess. Sin las dotes de mando demostradas por éste en el terreno, hasta la fecha desconocido, de los asesinatos múltiples a tan colosal escala, Auschwitz no habría funcionado jamás como lo hizo.

En realidad, apenas había nada excepcional en Rudolf Hoess: era un hombre de altura mediana, rasgos regulares y cabello oscuro, ni feo ni extraordinariamente guapo. En palabras del abogado estadounidense Whitney Harris, que lo interrogó durante los juicios de Núremberg, daba la impresión de ser «una persona normal, como el dependiente de una tienda de ultramarinos».¹ Varios reclusos polacos de Auschwitz confirman esta impresión y lo recuerdan como un individuo tranquilo y moderado, idéntico a las numerosas personas con que nos cruzamos a diario en la calle sin siquiera reparar en su presencia. Su aspecto, por lo tanto, no podía distar más del estereotipo convencional del monstruo de la SS de rostro encendido y que echa espumarajos por la boca —lo que, claro está, lo convierte en una figura aún más aterradora.

En el momento en que acarreaba su maleta hacia el hotel situado frente a la estación de ferrocarril de la ciudad que haría las veces de base para los oficiales de la SS, en tanto se organizaba un alojamiento apropiado en el interior del campo de concentración, Hoess llevaba también consigo el bagaje mental propio de una vida adulta consagrada a la causa nacionalista. Su carácter y sus creencias —como los de la mayoría de nazis exaltados— habían sido moldeados por su reacción ante lo sucedido durante los anteriores

veinticinco años de la historia de Alemania, el período más turbulento que jamás hubiese conocido el país. Nacido en la Selva Negra en 1900, en el seno de una familia católica, se vio sometido, desde muy pequeño, a una serie de influencias nada desdeñables: un padre tiránico obsesionado con la disciplina; su participación en la primera guerra mundial, como uno de los suboficiales más jóvenes del Ejército alemán; su desesperado sentido de la traición y la derrota sufridas en el conflicto; su pertenencia, a principios de la década de 1920, al grupo paramilitar de los Freikorps, cuyo objeto era combatir la supuesta amenaza comunista en el territorio germano; y su implicación en actividades políticas de extrema derecha, que culminó con su encarcelamiento en 1923.

Fueron muchísimos los nazis que se formaron en un crisol muy similar, y entre ellos se encontraba el mismísimo Adolf Hitler. Éste también tuvo una infancia subyugada a un padre dominante y abrigaba un odio feroz dirigido a quienes habían hecho perder a Alemania la guerra en la que acababa de luchar (y durante la que, al igual que Hoess, se le había concedido la Cruz de Hierro).² Hitler trató de hacerse con el poder mediante un violento golpe de estado exactamente el mismo año en que Hoess se vio envuelto en un asesinato de inspiración política.

Para los dos, así como para otros integrantes de la derecha nacionalista, nada urgía tanto como entender por qué había perdido su país la contienda y se había avenido a firmar una paz tan humillante. Y, apenas comenzados los años de posguerra, creyeron haber dado con la respuesta: la responsabilidad, en su opinión, recaía, sin lugar a dudas, sobre el pueblo judío. En favor de su teoría adujeron el nombramiento de Walther Rathenau, de origen hebreo, en calidad de ministro de Asuntos Exteriores del recién constituido gobierno de Weimar. A esto se sumó, en 1919, la Räte-republik («República de los consejos», o «de los soviets») que se instauró brevemente durante la primavera en Múnich y que, a su decir, venía a demostrar, más allá de toda duda, el vínculo existente entre el judaísmo y el temido credo marxista. De hecho, la ma-

yoría de los mandatarios de este gobierno dirigido por comunistas era de origen semita.

Nada importaban el ingente número de leales judíos alemanes que había luchado con denuedo —y perdido la vida, en no pocos casos— durante la guerra ni el hecho de que hubiese en el país miles de judíos que no comulgaban con el comunismo ni con las izquierdas en general: para Hitler y sus seguidores resultaba mucho más fácil hacer de ellos el chivo expiatorio de los males de Alemania. De este modo, el recién fundado Partido Nazi supo desarrollar con nuevos planteamientos el antisemitismo que había estado presente durante años en Alemania. Desde el principio, sus partidarios aseguraron que el odio que profesaban a los judíos no provenía de un prejuicio ignorante, sino de un hecho científico: «Combatimos sus actividades porque son origen de la TUBERCULOSIS RACIAL DE LAS NACIONES —declara uno de sus más tempranos carteles, publicado en 1920—, y estamos convencidos de que la convalecencia sólo podrá empezar cuando se elimine esta bacteria».³ Este tipo de ataque pseudointelectual contra los hebreos influyó notablemente en hombres como Hoess, que decían despreciar el antisemitismo primitivo, violento y casi pornográfico propagado por Julius Streicher, también nazi, en su panfletaria publicación *Der Stürmer*. «El frenético acoso protagonizado por *Der Stürmer* ha hecho un flaco servicio a la causa del antisemitismo», escribió Hoess desde la cárcel tras la derrota del nazismo.⁴ Su actitud ante la cuestión hebrea era, en cambio, más fría o, según él mismo, más «racional». Aseguraba no tener casi nada en contra de los judíos en cuanto individuos: el problema, en su opinión, radicaba en la «conspiración judía internacional», por la que, tal como imaginaba él, movían los resortes del poder y trataban de prestarse ayuda más allá de los límites de cada nación. Eso era lo que, a su ver, había llevado a la derrota de Alemania en la primera guerra mundial y, por lo tanto, debía ser destruido: «Como el fanático nacionalsocialista que era, yo estaba completamente convencido de que nuestras ideas cobrarían cada vez una mayor aceptación y acaba-

rían por prevalecer en todo el mundo ... La supremacía judía quedaría, entonces, destruida».⁵

Tras salir de prisión en 1928, Hoess se consagró a otro de los puntales de la doctrina nacionalista de derecha que, junto con el antisemitismo, contribuyó a la definición del movimiento nazi: el amor a la tierra. Si los judíos eran objeto de odio porque vivían, en su mayoría, en las ciudades, donde practicaban, según palabras de Goebbels, una «cultura del asfalto» que a él le parecía despreciable, los alemanes «de verdad» nunca olvidaron su pasión por la naturaleza. No es fruto de la coincidencia que el propio Himmler hubiese estudiado agronomía, ni que Auschwitz fuese a emplearse, en una de sus últimas etapas, como centro de investigación agraria.

Hoess se hizo miembro de la orden de los Artaman, una de las comunidades agrícolas que proliferaron en la Alemania de la época, conoció a la mujer que se convertiría en su esposa y se estableció con la intención de hacerse granjero. Sin embargo, sucedió algo que cambió su vida por completo: en junio de 1934, Himmler, el jefe de la policía de Hitler, lo indujo a abandonar su actividad y entrar como miembro a tiempo completo en la SS (la *Schutzstaffel* o Escalón de Protección), selecta organización fundada con la intención inicial de proporcionar una escolta personal al Führer y que, por entonces, se había hecho cargo, entre otras cosas, de la dirección de los campos de concentración.⁶ Himmler conocía a Hoess desde hacía tiempo, y tenía muy buen concepto de aquel correli-gionario que había entrado a formar parte del Partido Nazi en una fecha tan temprana como noviembre de 1922. Su carné tenía el número 3.240.

Hoess pudo elegir: en ningún momento se vio obligado a presentarse a la SS, organización que, por otra parte, no efectuaba reclutas forzosas. Aun así, optó por aceptar la propuesta. «La posibilidad de un ascenso rápido y el sueldo que éste traía aparejado —asegura en su autobiografía— me llevaron a convencerme de que tenía que dar aquel paso.»⁷ En realidad, se trataba tan sólo de una verdad a medias: Hoess, que escribió sus memorias una vez caído el

régimen nazi, olvida mencionar el que debió de haber sido para él el motivo más relevante: el estado emocional en que se hallaba entonces. En 1934 hubo de sentir que estaba asistiendo al nacimiento de un nuevo mundo, maravilloso por demás. Hitler llevaba un año en el poder, y ya había comenzado a hacer frente a los enemigos internos del nazismo: los políticos de izquierda, los «perezosos», los antisociales, los judíos... En todo el país los alemanes que no pertenecían a ninguno de estos grupos de riesgo específicos se mostraban encantados con el sistema. La reacción de Manfred von Schroeder, hijo de un banquero de Hamburgo que se afilió al Partido Nazi en 1933, resulta muy significativa en este sentido: «Todo volvía a estar en orden y limpio. Nos invadía cierto sentimiento de liberación nacional, de estar empezando de cero ... La gente decía: “Esto es una revolución; asombrosa y pacífica, pero una revolución”». ⁸ Hoess se vio entonces ante la posibilidad de formar parte activa de esta transformación radical, por cuyo advenimiento había rezado desde el fin de la primera guerra mundial. Pertenecer a la SS significaba adquirir cierta posición, obtener determinados privilegios, vivir no pocas emociones y gozar de la oportunidad de influir en la historia de la nueva Alemania; en cambio, de la vida en la granja no podría sacar otra cosa que... en fin, vivir en una granja. ¿Qué puede tener, pues, de sorprendente su decisión? Así que aceptó la invitación de Himmler, y en noviembre de 1934 llegó a Dachau (Baviera), donde comenzó a servir en calidad de guardia del campo de concentración.

Hoy día, el hombre de la calle —al menos en Gran Bretaña y Estados Unidos—, sigue albergando no poca confusión en torno al cometido de los diversos campos de concentración del estado nacionalsocialista. Recintos como Dachau, fundado en marzo de 1933, cuando Hitler apenas llevaba dos meses en el puesto de canciller, y campos de exterminio como el de Treblinka, que comenzaron su existencia mediada la guerra, respondían a conceptos diferentes. A esto se suma, para hacerlo más confuso todavía, lo complejo de la historia del de Auschwitz, el más tristemente céle-

bre de todos, que evolucionaría para convertirse tanto en un campo de concentración como en uno de exterminio. Entender la importancia de los rasgos que distinguían uno de otro es fundamental para comprender el modo como racionalizaron los alemanes la existencia de lugares como Dachau durante la década de 1930. Ningún alemán de los que he entrevistado —ni siquiera los que habían sido nazis fanáticos— mostró entusiasmo alguno en torno a la idea de los campos de la muerte; si bien muchos expresaron una gran satisfacción en lo referente a los de concentración de los años treinta. Acababan de despertar de la pesadilla de la Gran Depresión, y la democracia, a su parecer, no había logrado evitar que el país entrase en un período de creciente decadencia. El fantasma del comunismo seguía presente (en las elecciones celebradas a principios del decenio, Alemania parecía dividida en dos posturas extremas, y no fueron pocos los que votaron al Partido Comunista). Para un hombre como Manfred von Schroeder, ensalzador de la «revolución pacífica» de 1933, existían innegables paralelismos históricos que justificaban la necesidad de los campos de concentración: «Para los nobles franceses no debió de resultar muy agradable encontrarse en la Bastilla, ¿verdad? ... Es cierto que existían campos de concentración, pero entonces todo el mundo decía: “Bueno: al fin y al cabo, fueron los ingleses quienes los inventaron en el sur de África, durante la guerra de los Bóers”».

Los primeros prisioneros que entraron en Dachau, en marzo de 1933, formaban parte, en esencia, del grupo de oponentes políticos de los nazis. Los judíos eran objeto de pullas, humillaciones y palizas en aquel tiempo, y sin embargo, eran los políticos de izquierda del régimen anterior los que estaban considerados la amenaza más inmediata.⁹ Cuando Hoess llegó a Dachau lo hizo con el total convencimiento de que esos «verdaderos oponentes del estado debían estar bien encerrados».¹⁰ Los tres años y medio que estuvo en el recinto bávaro fueron decisivos a la hora de moldear su mentalidad, ya que el régimen de Dachau, concebido con todo detalle a partir de las ideas de Theodor Eicke, primer comandante del lugar,

no era, sin más, brutal: había sido ideado con objeto de quebrantar la voluntad de los reclusos. Eicke sistematizó y redujo a orden la violencia y el odio que profesaban los nazis a sus enemigos, con lo que convirtió el centro en un lugar de infausta memoria por el sadismo físico allí practicado, que consistía, sobre todo, en infligir latigazos y toda clase de golpes a los prisioneros. Algunos de éstos morían asesinados, y las autoridades restaban importancia a su fallecimiento asegurando que habían sido «abatidos mientras trataban de escapar». De hecho, una minoría significativa de los condenados a Dachau murió en el recinto. Sin embargo, la verdadera fuerza del régimen allí implantado no radicaba tanto en el castigo físico —terrible, sin duda— como en la tortura mental.

La primera innovación de este campo de concentración consistía en que, a diferencia de lo que sucedía en un presidio común, el recluso ignoraba por completo la posible duración de su condena. Así, si bien durante la década de 1930 la mayor parte de los prisioneros quedaba en libertad tras una condena de un año aproximado, la duración de las penas individuales estaba sometida al capricho de las autoridades. Los internos no tenían fecha alguna en la que fundar sus esperanzas; sólo contaban con la permanente incertidumbre que provocaba el no saber si la liberación llegaría al día, al mes o al año siguiente. Hoess, que sabía por propia experiencia lo que era pasar años entre rejas, no era ajeno al terrible poder que poseía este sistema. «El no saber cuánto duraría su encarcelamiento era algo que jamás podían asimilar —escribió—, algo que los agotaba y quebrantaba la voluntad más firme ... Este hecho convertía, por sí solo, en un tormento su vida en el campo de concentración.»¹¹

A esta incertidumbre había que sumar el modo como jugaban los guardias con la mente de los prisioneros. Josef Felder, parlamentario del Partido Socialdemócrata que fue uno de los primeros presos de Dachau, recuerda que, cuando estaba a punto de tocar fondo en lo emocional, uno de sus carceleros le ofreció una soga y le enseñó el mejor modo de hacer un nudo para colgarse.¹² Sólo

mediante el ejercicio de un tremendo dominio personal y repitiéndose a sí mismo: «Tengo una familia», fue capaz de hacer caso omiso a la sugerencia. Por otra parte, se exigía a los internos que mantuviesen un orden y una limpieza escrupulosos en barracones y vestimentas. Las constantes inspecciones permitían a los guardias de la SS encontrar siempre algún defecto y, si les venía en gana, castigar a todo un barracón (*Block*) por infracciones imaginarias. En ocasiones se sancionaba con «arresto preventivo» a los reclusos de un mismo bloque, que recibían órdenes de permanecer en sus literas, sin hablar ni moverse, durante días.

En Dachau se introdujo también el sistema de *Kapos*, que acabaría por adoptarse en toda la red de campos de concentración y desempeñaría una función muy importante en el funcionamiento del de Auschwitz. (El término parece haberse derivado del italiano *capo*, «jefe».)^{*} Las autoridades del recinto nombraban a un prisionero de cada barracón, o «brigada» de trabajo, que tendría un poder casi omnímodo sobre el resto de reclusos. Apenas cabe sorprenderse de que abusasen con frecuencia de su posición. Ellos harían, en mayor grado aún que los guardias de la SS, insoportable la vida dentro del campo de concentración, al adoptar un comportamiento arbitrario en su relación diaria con los demás internos. Con todo, también los *Kapos* corrían un grave riesgo en caso de no agradar a sus superiores de la SS. Tal como expresó Himmler, «su tarea consiste en asegurarse de que se trabaja ... Por lo tanto, debe espolpear a sus subordinados. En el momento en que dejemos de estar satisfechos de él, dejará de ser *Kapo* y volverá a unirse al resto de prisioneros. Sabe perfectamente que éstos lo matarán a golpes la primera noche tras su regreso».¹³

Desde el punto de vista de los nazis, la existencia en el campo de concentración constituía un trasunto en miniatura del mundo exterior. «El concepto de lucha es tan antiguo como la vida misma

^{*} También hay quien lo considera un acrónimo de *Kameradenpolizei*, «policía de (sus propios) compañeros». (*N. de los t.*)

—había sentenciado ya Hitler en un discurso de 1928—. En esta lucha, el más fuerte, el más capaz, obtiene la victoria, mientras que el menos capaz, el débil, sale derrotado. La lucha lo ha engendrado todo ... Si el hombre vive y es capaz de protegerse por encima del mundo animal, no es en virtud de los principios de humanidad, sino por medio exclusivo de la lucha más brutal.»¹⁴ Esta actitud cuasidarwinista, presente en el propio corazón del nazismo, se hizo palpable en la administración de los campos de concentración. Los *Kapos*, por ejemplo, podían maltratar «con justicia» a quienes se hallaban a su cargo por el simple hecho de haber demostrado ser superiores en la «lucha» vital.

Por encima de todo, durante su estancia en el recinto, Hoess aprendió cuál era el sistema de pensamiento esencial de la SS. Theodor Eicke había predicado desde el primer momento una doctrina fundamental: la de la dureza. «Todo aquel que muestre el menor vestigio de simpatía para con [los prisioneros] deberá desaparecer de inmediato de nuestras filas. Necesito hombres de la SS duros y totalmente entregados. Entre nosotros no hay lugar para los blandos.»¹⁵ Por ende, cualquier forma de solidaridad, cualquier atisbo de compasión eran signo de debilidad. Si un miembro de la SS experimentaba alguno de estos sentimientos era porque el enemigo había conseguido engañarlo. La propaganda nacionalsocialista pregonaba que, en ocasiones, el adversario podía ocultarse, al acecho, en los lugares más insospechados. Uno de los ejemplos más difundidos era *La seta venenosa*, libro antisemita que advertía a los niños del insidioso peligro que suponían los judíos a través de la metáfora de un hongo tóxico a pesar de su apariencia atractiva. De igual manera, se inducía a los integrantes de la SS a despreciar sus propios sentimientos de preocupación cuando, por ejemplo, contemplaban el apaleamiento de un recluso. Se les enseñaba que todo sentimiento prolongado de compasión se debía a una treta de la víctima. En cuanto «enemigos del estado», tan astutas criaturas eran capaces de emplear cualquier método a su alcance —y en especial el de apelar a la piedad de quienes los tenían en cautiverio— para alcanzar sus

malévolos objetivos. El recuerdo de la «puñalada por la espalda», esto es, la creencia de que judíos y comunistas habían conspirado tras las líneas de fuego para hacer que Alemania perdiese la primera guerra mundial, estaba siempre presente entre ellos, y encajaba a la perfección en esta teoría del enemigo peligroso y oculto.

La única certeza que tenían los miembros de la SS era la invariable corrección de las órdenes recibidas. Si un superior mandaba que se encarcelara o ejecutara a alguien, no cabía pensar que pudiese estar equivocado —aun cuando quien recibía la orden estimase incomprensible la sentencia—. El único modo de protegerse del cáncer de la vacilación ante una orden poco razonable en apariencia era la dureza, la cual, por consiguiente, se convirtió en objeto de culto para todos aquellos que pertenecían a la SS. «Debemos ser duros como el granito; de lo contrario, se desvanecerá la labor de nuestro Führer», declaró Reinhard Heydrich, la figura más poderosa de la organización después de Himmler.¹⁶

Al tiempo que aprendía a reprimir emociones como la conmiseración y la piedad, Hoess se imbuyó del sentimiento de hermandad que imperaba también en la SS. Precisamente por el hecho de que los integrantes de la organización sabían que sus superiores podían exigirles hacer cosas de las que los «débiles» no eran capaces, se desarrolló entre ellos un espíritu de equipo basado en el puntal esencial de la fidelidad entre camaradas. Los severos valores de la organización —lealtad incondicional, dureza y protección del Reich frente a los enemigos internos— se convirtieron casi en un credo religioso, en una cosmovisión clara y cautivadora. «Estaba henchido de gratitud a la SS por la orientación intelectual que me había proporcionado —afirmó Johannes Hassebroeck, comandante de otro campo de concentración—. Todos le estábamos agradecidos. Muchos estábamos desconcertados en extremo antes de alistarnos en la organización: no entendíamos lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor; todo era tan confuso... La SS nos ofreció una serie de ideas sencillas que se nos hacían comprensibles, y creímos en ellas.»¹⁷

Hoess aprendió también en Dachau otra lección importante que tendría repercusiones en Auschwitz. Observó que a los prisioneros les resultaba más llevadera su reclusión por el hecho de que la SS les permitiera trabajar. Recordaba que, durante su propio encarcelamiento en Leipzig, lo único que le había hecho afrontar un día tras otro con un estado de ánimo relativamente positivo había sido el tener una ocupación encolando bolsas de papel. En Dachau pudo comprobar que el trabajo ofrecía a los internos la posibilidad de «ajustarse a una disciplina y soportar mejor, de este modo, el efecto desmoralizador de su internamiento».¹⁸ Tan convencido estaba de las consecuencias paliativas del trabajo en el campo de concentración que llegó incluso a adoptar el lema *Arbeit macht frei* («El trabajo os hará libres»), empleado por vez primera en Dachau, y a consignarlo en grandes letras sobre la puerta de hierro erigida a la entrada de Auschwitz.

Rudolf Hoess era un miembro ejemplar de la SS, y no tardó en ascender de un puesto a otro en el escalafón de Dachau hasta alcanzar, en abril de 1936, la graduación de *Rapportführer* o ayudante primero del comandante del campo de concentración. En septiembre de ese mismo año fue ascendido a teniente y trasladado a Sachsenhausen, donde permaneció hasta ser elevado a comandante del recién creado recinto de Auschwitz. El hombre que llegó al sur de Polonia en la primavera de 1940 era, amén de un producto de su propia herencia genética, un ser moldeado en grado sumo por los acontecimientos históricos de su tiempo. Tras seis años de servicio en calidad de guardia de campo de concentración, se sentía preparado para asumir el mayor reto que se le hubiese presentado: la creación de un centro modélico en los nuevos territorios del Imperio nazi. Sabía lo que se esperaba de él y cuál era la finalidad del lugar que se disponía a construir, y la experiencia adquirida en Dachau y Sachsenhausen le brindaba las directrices que debía seguir. Sin embargo, sus superiores albergaban planes diferentes, de modo que el campo de concentración que erigió en Auschwitz acabó por evolucionar en una dirección totalmente distinta a lo largo de los meses y años que siguieron.

Al mismo tiempo que Hoess comenzaba su labor en Auschwitz, en mayo de 1940, si bien cuatrocientos kilómetros más al noroeste, su superior hacía algo por demás insólito: redactar un memorando para el Führer. En efecto, en Berlín, Heinrich Himmler escribió por esas fechas lo que bautizó tímidamente con el título de *Algunas ideas sobre el modo de tratar a la población foránea del Este*. El *Reichsführer* de la SS, que sabía mover los hilos del poder como pocos en todo el estado nazi, no ignoraba cuán imprudente resultaba confiar sus pensamientos al papel en un régimen en el que los círculos más allegados a la cúpula formulaban de palabra su política. Era consciente de que, una vez por escrito, sus teorías podrían verse sometidas a la disección de sus rivales, y al igual que todo nazi de relieve, tenía no pocos enemigos ávidos de hacerse con parte de su poder. Así y todo, la situación de Polonia, país sometido a la ocupación alemana desde el otoño de 1939, lo indujo a hacer una excepción y elaborar el citado documento para Hitler. Se trata de uno de los más significativos en la historia de la política racial nacionalsocialista, lo que se debe, en buena medida, a que las palabras de que dejó constancia Himmler habrían de esclarecer el marco en que iba a funcionar el nuevo campo de concentración fundado en Auschwitz.

En aquel momento, en calidad de comisario del Reich para la Consolidación del Carácter Nacional Alemán, se hallaba inmerso en la más extensa y rápida reorganización étnica de un país de que haya sido testigo la historia, y el proceso, en general, no podía ir por peor camino. Lejos de llevar el orden a Polonia, nación por cuyas supuestas ineficacia y desorden mostraban los nazis un gran desdén, Himmler y sus colegas no habían sido capaces de exportar sino violencia y caos.

Entre los nazis existían pocas dudas acerca de cuál era la actitud fundamental que habían de adoptar para con Polonia y sus habitantes, a los que profesaban una gran aversión. La pregunta era qué debían hacer al respecto. Uno de los «problemas» más importantes que consideraban que tenían que resolver era el de los judíos

del país. A diferencia de Alemania, donde la comunidad hebrea representaba menos de un 1 por 100 de la población (es decir, menos de trescientas mil personas) y se hallaba, en su mayoría, integrada en la sociedad, Polonia era el hogar de tres millones de judíos, de los cuales la mayoría vivía en su propia comunidad y se hacía fácilmente identificable por la peculiar barba y otros rasgos propios de su fe. Después de que el país quedase dividido entre Alemania y la Unión Soviética apenas estallada la guerra (en virtud del pacto secreto de no agresión sellado por ambos países en agosto de 1939), en la región ocupada por los nazis quedaron más de dos millones de judíos polacos. Y la pregunta era qué suerte habrían de correr.

Otro problema que se planteaba a los nazis —también creado por ellos mismos— era el alojamiento de los cientos de miles de alemanes enviados por barco a Polonia. En virtud de un acuerdo firmado por Alemania y la Unión Soviética, se permitió emigrar a Alemania a los habitantes de casta germánica de los estados bálticos, Besarabia (en la Rumanía septentrional) y otras regiones ocupadas por Stalin; «regresar al hogar del Reich», tal como rezaba la propaganda. Para gentes tan obsesionadas con la pureza racial de la «sangre alemana» como lo estaba el propio Himmler, ofrecer un lugar donde vivir a todos los germanos que desearan volver a su patria nativa constituía un acto de fe. La dificultad estribaba en determinar cuál sería ese lugar. A esto se sumaba una tercera —y última— cuestión que debían resolver los nazis: la de cómo debían tratar a los dieciocho millones de polacos no judíos que habían pasado a ser súbditos del Reich. ¿Cómo debía organizarse el país para que nunca supusiesen una amenaza?

Durante un discurso pronunciado en octubre de 1939, Hitler había ofrecido algunas directrices para quienes se afanaban en solventar estos problemas políticos. En aquella ocasión aseveró: «[L]a tarea fundamental consiste en crear un nuevo orden etnográfico; es decir, reestructurar las nacionalidades para crear líneas de demarcación mejores que las que hoy existen».¹⁹ En la práctica, este hecho comportaba la necesidad de dividir la Polonia ocupada en dos

zonas: en una se permitiría vivir a la mayoría de polacos, en tanto que la otra sería incorporada a Alemania. Los individuos de estirpe germana que llegasen al Imperio no serían alojados en el «Viejo Reich», sino en el «Nuevo Reich». Tal como aseguraba el lema propagandístico, iban a regresar al Reich, aunque no al Reich al que ellos esperaban regresar.

Sólo quedaba por resolver la cuestión de los judíos polacos. Hasta el comienzo de la guerra, la política puesta en práctica por los nazis en relación con los judíos que vivían bajo su dominio se había fundado en una creciente persecución oficial concretada en incontables regulaciones restrictivas, entremezcladas con episodios de violentas atrocidades, no oficiales, pero que contaban con la aquiescencia de las autoridades. Las ideas que albergaba Hitler con respecto a los judíos habían mudado muy poco desde mediados de la década de 1920, cuando expresó en *Mi lucha* su opinión de que Alemania habría ganado mucho durante la primera guerra mundial de haber empleado «gas letal» con «diez o doce mil de esos destructores hebreos de la nación». Sin embargo, pese al evidente odio que abrigaba el Führer con respecto a la comunidad judaica —del que había hecho profesión desde el fin de la primera guerra mundial— y a la posibilidad de que hubiese expresado en privado el deseo de ver muertos a todos sus integrantes, nadie entre los nazis había concebido aún un proyecto para su exterminación.

Lucille Eichengreen creció en el seno de una familia judía de Hamburgo en los años treinta, y recuerda con suma claridad las circunstancias bajo las que se obligaba a vivir a los judíos alemanes.²⁰ «Hasta 1933 llevamos una vida agradable —asegura—. Sin embargo, una vez que Hitler se hizo con el poder, los niños de nuestro edificio dejaron de hablarnos: nos tiraban piedras y nos insultaban, y nosotros no lográbamos entender qué habíamos hecho para merecer tal castigo. Nos preguntábamos por qué, y cuando lo hacíamos en casa, nos respondían con algo semejante a: “Es algo pasajero; ya volverán las aguas a su cauce”.» Mediado el decenio, los Eichengreen recibieron noticia de que en su edificio ya no podían

habitar judíos. El gobierno les había asignado una de las llamadas «casas judías», que pertenecían, en parte, a terratenientes hebreos. Su apartamento nuevo era casi tan amplio como el que acababan de dejar, pero con el transcurso de los años los fueron obligando a alojarse en lugares cada vez más pequeños, hasta que acabaron compartiendo una misma habitación amueblada para toda la familia. «Creo que, más o menos, lo aceptamos —declara Lucille—. Era lo que dictaban las leyes, y nada podía hacerse al respecto.»

La ilusión de que las aguas volviesen a correr por donde solían en lo tocante a la política antisemítica nacionalsocialista se desmoronó el 9 de noviembre de 1938, durante la Noche de los Cristales Rotos. Las tropas de asalto nazis destruyeron las propiedades de los judíos y arrestaron a miles de ellos en venganza por la noticia de que cierto estudiante hebreo llamado Herschel Grynszpan había asesinado, en París, al diplomático alemán Erns vom Rath. «De camino a la escuela, vimos las sinagogas en llamas —prosigue Lucille Eichengreen—, los escaparates rotos de las tiendas judías y la mercancía por las calles, y los alemanes se reían ... Teníamos mucho miedo: estábamos convencidos de que nos agarrarían para hacer qué sé yo con nosotros.»

Para cuando estalló la segunda guerra mundial, se había negado a los judíos el derecho a mantener la ciudadanía alemana, casarse con gentes no hebreas, poseer un negocio o desempeñar determinadas profesiones; ni siquiera podían tener permiso de conducción. Estas muestras de discriminación legal, unidas a la violenta vehemencia de la Noche de los Cristales Rotos, que acabó con más de mil sinagogas incendiadas, cuatrocientos judíos muertos y unos treinta mil varones encarcelados durante meses en campos de concentración, empujaron a muchos a emigrar. En 1939 eran ya unos cuatrocientos cincuenta mil los que habían abandonado la zona del nuevo «Gran Reich alemán» (Alemania, Austria y las tierras checas de población germánica), lo que equivalía a más de la mitad de los judíos que allí vivían. Los nazis estaban encantados, sobre todo desde que, siguiendo la iniciativa puesta en

práctica por el SS Adolf Eichmann, experto en el «asunto judío», en 1938, tras el *Anschluss* (anexión) de Austria, se diseñó un sistema por el que poder robar a los judíos la mayor parte de su dinero antes de concederles el permiso necesario para abandonar el país.

De cualquier modo, a los nacionalsocialistas no les resultó fácil, en un principio, ver cómo podían aplicar en Polonia la solución con que habían dado para el «problema» —por ellos mismos generado— de los judíos alemanes. Allí no sólo tenían bajo su dominio a millones de hebreos, sino que la mayoría era pobre, y en medio de una guerra no parecía viable encontrar un país en el que pudiesen conminarlos a encontrar refugio. Entonces, en otoño de 1939, Adolf Eichmann creyó haber dado con la solución: hacerlos emigrar, si no a otra nación, al lugar más inhóspito del nuevo Imperio nazi. Por si fuera poco, tenía el convencimiento de haber encontrado el sitio ideal: el distrito polaco de Lublinia, en torno a la ciudad de Nisko. Esta zona remota, situada en el extremo oriental del territorio del Reich, le pareció el emplazamiento perfecto para una «reserva judía». La Polonia ocupada por los alemanes quedaría, en tal caso, dividida en tres partes: una germana, otra polaca y otra judía, dispuestas según un eje bien definido que iría de poniente a levante. El ambicioso plan de Eichmann obtuvo el visto bueno de la cúpula nazi, por lo que se comenzó a trasladar allí a miles de judíos desde Austria. Las condiciones eran atroces: los escasos preparativos que, en el mejor de los casos, habían hecho las autoridades propiciaron la muerte de muchos de ellos. Sin embargo, lejos de preocuparse, los nazis consideraron que debían fomentarse estas circunstancias. Tal como hizo saber a sus hombres Hans Frank, uno de los nazis que más tiempo llevaba trabajando en Polonia, en noviembre de 1939: «No perdáis un solo minuto con los judíos: es un placer poder dar al fin a su raza lo que se merece. Mientras mayor sea el número de muertos, mejor».²¹

No obstante, cuando se sentó a redactar su memorando en mayo de 1940, Himmler era muy consciente de que la emigración

interna de judíos al extremo oriental de Polonia había constituido un fracaso total. Ello se había debido, en gran medida, a la pretensión de efectuar, a un mismo tiempo, tres movimientos migratorios diferentes. Por un lado, había que transportar a Polonia a las personas de estirpe germánica, que, además, debían buscar un lugar donde vivir. Lo cual comportaba expulsar a los polacos de sus hogares y llevarlos a otro sitio. Al mismo tiempo, se estaba trasladando al este del país a los judíos para confinarlos en propiedades que también habían de requisar a sus habitantes polacos. Apenas cabe maravillarse de que toda la operación se tornase en una confusión de colosales dimensiones.

Llegada la primavera de 1940, el plan concebido por Eichmann de agrupar a los judíos en torno a Nisko había quedado abandonado por completo, y Polonia había quedado dividida, finalmente, en sólo dos categorías territoriales distintas. Por un lado se hallaban los distritos que habían recibido la denominación oficial de «alemanes» y formaban parte del Nuevo Reich, a saber: Prusia Occidental, en torno a Dánzig (Gdańsk); el Warthegau, en la zona occidental de Polonia, en torno a Posen (Poznań) y Łódź; y la Alta Silesia, en torno a Katowice (la zona a la que pertenecía Auschwitz). Por el otro, se encontraba la mayor región de todas, llamada «Gobierno General» y conformada por las ciudades de Varsovia, Cracovia y Lublin, que había sido destinada a albergar a la mayoría de polacos.

El problema más acuciante que hubo de arrostrar Himmler fue el de proporcionar un alojamiento apropiado a los cientos de miles de inmigrantes de casta germánica, y esta dificultad tendría, a su vez, un influjo considerable sobre el modo como creía que debía ocuparse de polacos y judíos. El caso de Irma Eigi y su familia ilustra el grado de crueldad con que trataron de salir los nazis del aprieto, en apariencia irresoluble, en que ellos mismos se habían metido, y también el modo como aumentaban los problemas de población, conformando un círculo vicioso que se encaminaba de forma irremediable hacia una situación crítica. En diciembre de 1939,

Irma Eigi, estonia de diecisiete años de ascendencia germánica, se encontró alojada con el resto de los suyos en una vivienda provisional de Posen, en lo que había sido parte de Polonia antes de pasar a manos de los alemanes como «el Warthegau».²² Habían aceptado la oferta de un traslado seguro a «el Reich» convencidos de que los enviarían a Alemania. «Cuando nos dijeron que íbamos al Warthegau... Créame: nos resultó estremecedor.» Poco antes de la Navidad de 1939, uno de los oficiales al cargo de las viviendas entregó a su padre las llaves de un piso que, hasta hacía tan sólo unas horas, había pertenecido a una familia polaca. Días más tarde, las autoridades requisaron un restaurante a su dueño polaco para que los recién llegados pudiesen tener un negocio que dirigir. Los Eigi quedaron horrorizados: «No tuvimos noticia alguna de aquella expropiación antes de que se consumase ... Uno no puede vivir con ese remordimiento, pero, por otra parte, a todos nos mueve el instinto de supervivencia. ¿Qué otra cosa podíamos haber hecho? ¿Adónde íbamos a ir?».

Este caso individual de expoliación debe multiplicarse por más de cien mil para dar una idea de lo que estaba sucediendo en Polonia durante ese período. La operación de traslado hubo de efectuarse a una escala colosal: en año y medio llegó medio millón aproximado de gentes de estirpe germánica a las zonas nuevas del Reich, y con tal de hacer sitio para ellos, se privó de sus hogares a cientos de miles de polacos. A muchos los metieron, sin más, a empujones en camiones de ganado y los llevaron al sur, al Gobierno General, donde los dejaron sin comida ni techo. No resulta sorprendente que Goebbels señalase en su diario en enero de 1940: «Himmler está llevando a cabo movimientos demográficos, aunque no siempre con éxito».²³

Seguía pendiente, asimismo, la cuestión de los hebreos polacos. Tras descubrir que intentar reorganizar el alojamiento de judíos, polacos y germánicos era una labor imposible, Himmler adoptó una nueva solución: si se necesitaba —y lo cierto es que se necesitaba con desesperación— espacio para los inmigrantes de cas-

ta germana, debería obligarse a los judíos a vivir en uno mucho más reducido. La respuesta estaba en los guetos.

Los guetos, que habrían de convertirse en un rasgo destacado de la persecución de los judíos de Polonia a manos de los nazis, no fueron nunca concebidos como los lugares en que acabaron por convertirse. Al igual que otros muchos aspectos de la historia de Auschwitz y la «solución final» de los nazis, estos barrios experimentaron una evolución que nadie había planeado en un principio. Ya en noviembre de 1938, cuando se debatía el modo de abordar los problemas de alojamiento planteados por la expropiación de los hogares de los judíos alemanes, Reinhard Heydrich, miembro de la SS, había declarado: «Quisiera, en lo referente a la cuestión de los guetos, dejar bien claro cuál es mi postura: desde un punto de vista policial, no creo que sea viable la construcción de un distrito totalmente segregado habitado en exclusiva por judíos. Sería imposible gobernar un gueto en el que cada uno de los judíos estuviese rodeado por el resto de su pueblo: acabaría por convertirse en refugio de criminales y abrigo de epidemias y otros males».²⁴

Sin embargo, en el caso de Polonia, y una vez excluidas —acaso temporalmente— las demás posibilidades, los nazis trataron de confinar en juderías a la comunidad hebrea del país. No se trataba sólo de una medida práctica concebida para hacer disponible un mayor número de viviendas —aun a pesar de las declaraciones de Hitler, que, en marzo de 1940, hizo hincapié en que «el problema judío es una cuestión de espacio»—,²⁵ sino que estaba también motivada por el profundo odio y el miedo a los judíos que formaban, desde un principio, parte intrínseca del nacionalsocialismo. Lo ideal, en opinión de los nazis, era expulsar, sin más, a los integrantes del pueblo hebreo; aunque si la medida no era factible de un modo inmediato, y como quiera que, según se sostenía, los judíos, y en especial los orientales, eran portadores de enfermedades, era deber de las autoridades mantenerlos separados de cualquier persona. Estera Frenkiel, adolescente judía de Łódź, padeció desde un primer momento la intensa aversión física que profesaban los nazis

a los hebreos polacos: «Estábamos acostumbrados al antisemitismo ... El antisemitismo polaco tenía, quizás, un carácter más financiero; pero los nazis parecían estar preguntando a cada instante: “¿Por qué estáis aquí? ¡No deberíais existir! ¡Tendríais que desaparecer!”». ²⁶

En febrero de 1940, mientras seguían llevándose a cabo, sin pausa, las deportaciones de polacos al Gobierno General, se anunció que los judíos de Łódź iban a ser «realojados» en una zona aislada habilitada en el centro de la ciudad. Desde un principio, se tenía la intención de que los guetos constituyesen tan sólo una medida temporal, un lugar en el que recluir a los judíos antes de deportarlos a cualquier otro lugar. En abril de 1940 se cerró el gueto de Łódź de manera que los judíos no pudieran abandonarlo sin la autorización de las autoridades alemanas. Aquel mismo mes, la Oficina Central de Seguridad del Reich anunció la intención de reducir las deportaciones de judíos al Gobierno General. Hans Frank, antiguo abogado de Hitler, que se hallaba entonces al frente de la administración polaca, llevaba meses haciendo campaña para poner fin a toda migración forzosa «no autorizada», dado lo insostenible de la situación. Así lo describiría, pasado el tiempo, el doctor Fritz Arlt, director del Departamento de Asuntos Demográficos del Gobierno General: «Lanzaban a la gente de los trenes, ya en la plaza del mercado o la estación de ferrocarriles, ya en cualquier otro sitio, y a nadie parecía importarles ... El oficial del distrito nos telefonó para decirnos: “Ya no sé qué hacer. Han vuelto a llegar a centenares, y no tengo alojamiento ni comida: nada”». ²⁷ Frank, que no mantenía buenas relaciones con Himmler, se quejó ante Hermann Goering —quien se hallaba interesadísimo en Polonia en cuanto encargado del Plan Cuatrienal— de la política de deportación y del uso del Gobierno General en calidad de «papelera racial». Entonces se firmó una precaria tregua entre ambos para llegar a un acuerdo «en torno al procedimiento de futuras evacuaciones».

Y éste fue el asunto que hizo a Himmler sentarse a escribir el citado memorando en mayo de 1940. La solución propuesta con-

sistía en reforzar la división de Polonia en dos zonas —germana y no germana— y definir el modo como debían ser tratados los judíos y los polacos en general. Quien suscribía esta declaración de fe racial expresó sus deseos de convertir a los polacos en una nación de esclavos de escasa cultura, y al Gobierno General, en sede de una «clase obrera sin dirección». «La población no germánica de los territorios orientales no debe recibir más educación que la que se imparta en la escuela elemental —escribió—. Ésta se limitará a enseñar operaciones aritméticas sencillas (que lleguen, a lo sumo, al número 500), cómo escribir el propio nombre y que es mandamiento de Dios acatar las órdenes de los alemanes y ser honrado, trabajador y educado. No creo necesario que aprendan a leer.»²⁸

A sus pretensiones de convertir Polonia en una nación de iletrados hay que sumar un previsor propósito de «hacer una criba para separar a los de sangre valiosa de entre los de sangre despreciable». Los niños polacos cuyas edades estuviesen comprendidas entre los seis y los diez años deberían someterse a un examen anual que permitiese arrebatar a sus familias a los más aceptables desde el punto de vista racial y formarlos en Alemania sin que jamás volvieran a ver a sus padres. Si bien la práctica nazi de raptar niños en Polonia es mucho menos conocida que las relacionadas con el exterminio de los judíos, lo cierto es que respondía a los mismos principios que éstas, y demuestra hasta qué punto podía confiar alguien como Himmler en la determinación del valor de un ser humano a partir de la composición racial. Para él no se trataba de una perversa excentricidad —como sería considerada hoy día—, sino de una parte esencial de su retorcida concepción del mundo. Según su forma de pensar, si se permitía que esos niños permaneciesen en su país, podría desarrollarse entre los polacos «una clase dirigente constituida por estas gentes de buena sangre».

Resulta muy significativa la siguiente afirmación al respecto: «Por cruel y trágico que pueda ser cada caso individual, si rechazamos el método de exterminar físicamente a un pueblo empleado por los bolcheviques por considerarlo, en esencia, antigermánico e

imposible, hemos de reconocer que el método propuesto es el mejor y el más suave». Pese a que, en principio, hay que entender estas palabras en el contexto más inmediato de los niños polacos, resulta evidente que cuando califica de contrario al carácter alemán el hecho de «exterminar físicamente a un pueblo» pretende hacer aplicable su admonición a otros colectivos, incluido el judío. (La declaración hecha por Heydrich en verano de 1940 y referida de forma directa al pueblo hebreo, según la cual «el exterminio biológico es indigno del pueblo alemán en cuanto nación civilizada», viene a confirmar esta interpretación.)²⁹

En su amplio informe, Himmler también anunciaba el que quería que fuese el sino de los judíos: «Tengo la esperanza de ver el término *judío* eliminado por completo en virtud de la posibilidad de una emigración de los hebreos a gran escala a África o a cualquier otra colonia». Este regreso a la anterior política migratoria era posible entonces debido a la mayor abarcadura de la guerra. Himmler contaba tanto con la inminente derrota de Francia como con la capitulación de Gran Bretaña, que, una vez caída aquélla, no tardaría en pedir un acuerdo de paz por separado. Acabada la contienda, podrían meter a los judíos polacos en barcos para enviarlos, tal vez, a una de las antiguas colonias africanas de Francia.

Por descabellada que nos parezca hoy la idea de embarcar a millones de personas a África, no cabe duda de que los nazis se la tomaron en serio. Los antisemitas radicales llevaban años sugiriendo la iniciativa, y en aquel momento daba la impresión de que, por el modo como se estaba desarrollando la guerra, sería posible poner en práctica esta solución al «problema judío» de los nazis. Seis semanas después de la redacción del memorando de Himmler, Franz Rademacher, miembro del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, escribió un documento que proponía la isla de Madagascar en cuanto destino africano de los judíos.³⁰ Sin embargo, no debe olvidarse que este plan —como el resto de soluciones ideadas antes de la guerra para hacer frente al «problema judío»— habría llevado muerte y sufrimiento generalizados al pueblo hebreo. El hipotéti-

co gobernador nazi de Madagascar habría acabado por ser responsable, casi con toda seguridad, de la eliminación gradual de los judíos en el transcurso de una o dos generaciones. Los nacionalsocialistas no habrían aplicado la «solución final» que conocemos, pero apenas cabe dudar de que se habría producido otra forma de genocidio.

Himmler entregó su informe a Hitler, quien, después de leerlo, le aseguró que su punto de vista era «acertado y correcto». No deja de ser significativo que el Führer no dejase constancia por escrito de su opinión: a Himmler le bastaba con ir armado de su aprobación verbal en lo tocante al contenido. Así era como se hacía política en la cúpula del estado nazi.

Rudolf Hoess y su campo de concentración en Auschwitz, aún en vías de desarrollo, no eran sino una pequeña parte de todo este cuadro de conjunto. Como quiera que la ciudad que lo acogía se encontraba en una de las zonas de Polonia que iban a ser «germanizadas», el futuro inmediato del recinto quedaría determinado, en gran medida, por su situación geográfica. La región de la Alta Silesia había pasado ya de ser alemana a pertenecer a Polonia —y viceversa— cierto número de veces, y en el período que precedió de forma inmediata a la primera guerra mundial había formado parte de Alemania, que, sin embargo, la perdió en Versalles. En la época que estamos analizando, los nazis tenían la intención de reivindicarla para el Reich. No obstante, a diferencia de otras zonas de Polonia destinadas a ser sometidas a la «germanización», la Alta Silesia se hallaba muy industrializada, y buena parte de su territorio no era adecuada para servir de hogar a los colonos de ascendencia germánica. Esto quería decir que deberían permanecer en el territorio no pocos polacos para ser empleados como mano de obra en régimen de esclavitud, lo que a su vez comportaba la necesidad de erigir en aquella área un campo de concentración que sirviese para someter a la población local. En un principio, Auschwitz había sido concebido como una prisión de tránsito —o un campo de «cuarentena», en la jerga nazi— donde mantener a los prisioneros

antes de enviarlos a otros recintos del Reich; pero apenas bastaron unos días para que quedase claro que funcionaría como un lugar de encarcelamiento más.

Hoess no ignoraba que la guerra lo había radicalizado todo, incluidos los campos de concentración, ni que, pese a haberse construido a imagen de Dachau, este nuevo recinto tendría que arrostrar un problema mucho más difícil de tratar que los que atañían a los campos del «Viejo Reich». El de Auschwitz había de recluir y aterrorizar a los polacos en un momento de reorganización étnica en que la nación estaba siendo destruida desde el punto de vista intelectual y político. Por consiguiente, aun en su faceta inicial de campo de concentración convencional, su tasa de mortalidad era, en proporción, más alta que la de cualquier otro recinto del Reich. Así, en los albores de 1942 ya había muerto más de la mitad de los veinte mil polacos que allí fueron internados en un primer momento.

Los primeros prisioneros que llegaron a Auschwitz en junio de 1940 no procedían, sin embargo, de Polonia, sino de Alemania: se trataba de treinta criminales trasladados del campo de concentración de Sachsenhausen. Se convertirían en los primeros *Kapos* del recinto y, por lo tanto, mediarían entre la SS y los confinados polacos. La visión de aquellos individuos constituyó la impresión que más marcó, de entrada, a muchos de los presos oriundos de Polonia que formaban parte de los primeros convoyes llegados al campo de concentración. «Pensamos que eran marineros —refiere Roman Trojanowski, que llegó a Auschwitz el verano de 1940, a la edad de diecinueve años—. Llevaban boinas como las de los navegantes, pero luego resultó que eran criminales. Todos lo eran.»³¹ Wilhelm Brasse, que fue recluido, más o menos, al mismo tiempo, declara: «Cuando llegamos, nos encontramos con los *Kapos* alemanes, que, gritando a voz en cuello, nos golpeaban con bastones cortos. Cuando alguien se demoraba al bajar del furgón de ganado lo apaleaban. A más de uno lo mataron allí mismo. Yo estaba aterrorizado: todos lo estábamos».³²